



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



Jueves Santo
1- IV- 2010

Textos:

Ex.: 12, 1-8. 11-14.

I Cor.: 11, 23-26.

Jn.: 13, 1-15.

“...hagan lo mismo que Yo hice con ustedes” (Jn. 13, 15).

La Pascua es el acontecimiento central de nuestra religión, porque en ella se realizan los misterios más santos de la vida de Jesús para nuestra salvación. Ella no solo abraza el acontecimiento de la Resurrección, sino también el de la Pasión y Muerte en la Cruz. Los tres momentos del Amor divino (Pasión, Muerte y Resurrección) son precedidos por la Última Cena en la que se instituye la Eucaristía, sacramento por excelencia.

También celebramos la institución del sacerdocio. El Señor ha querido hacer partícipe, gratuitamente, a los hombres del don del sacerdocio. Por todo esto podemos decir que, éste es el día del amor.

En este día tan especial, no podemos, ni debemos negar que, en este tiempo nuestra amada Iglesia sufre hora de dolor, que como católicos todos debemos sentir en lo más profundo de nuestro corazón.

Hermanos, “a veces el sufrimiento interior de la Iglesia por ciertas aberraciones doctrinales, por ciertos escándalos morales, por ciertas despreocupaciones disciplinares provenientes de sus hijos, es más cruel que el que viene de las dificultades exteriores” (Pablo VI).

Cuando el mal toca el alma del sacerdote, el Pueblo de Dios experimenta una sensación de vértigo, desestima y desconfianza; pero este dolor no debe llevarnos a la confusión, el Bien y la Verdad que la Iglesia anuncia no surge del corazón del hombre sino que tiene otra fuente, inagotable e inmaculada: Dios.

La Verdad y el Bien siguen siendo tales, más allá de las debilidades de aquellos que debemos anunciarlos. Recordemos lo que nos enseña san Buenaventura: “Las obras de Cristo no retroceden, no desaparecen sino que avanzan” (De tribus quaestionibus). Por eso es necesario afirmar que la crisis que afecta a algunos sacerdotes, no es crisis del sacerdocio; de tal manera que nunca debemos juzgar al sacerdocio, que tiene su fuente en Cristo, por el sacerdote.

San Juan Crisóstomo nos recuerda que “el sacerdocio se ejerce sobre la tierra pero pertenece al orden de las instituciones celestiales...Por eso el sacerdote tiene que ser tan puro como si estuviera en el cielo en medio de las potencias angélicas...Son habitantes de la tierra que tienen su morada en la tierra y sin embargo han recibido la

administración de cosas celestiales y un poder que Dios no ha dado ni a los ángeles...” (El sacerdocio. Libro. III, 4-5).

Desde los criterios sobrenaturales, se “mide la dimensión del pecado no por la gravedad de lo que se ha hecho, sino por la dignidad del que ha pecado” (Id. Lib. III, 14).

Ante el dolor que causa el pecado y los escándalos en la Iglesia, no nos dejemos ganar por la confusión, dirijamos la mirada al Señor de la paciencia y de la humildad, que en el momento de su pasión entró en paciencia; sus discípulos debemos aprender, con Él, a ser pacientes en el momento del dolor.

Hermanos, nunca olviden que después de la gracia de Dios, es la oración del Pueblo lo que sostendrá al sacerdote. Hoy más que nunca deben comprometerse a rezar por la santidad de los sacerdotes.

El Señor no nos abandona, está siempre con nosotros, y Él lo confirma al decirnos: “Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt. 28. 20).

Jesús está presente especialmente en la Eucaristía, de la que hoy celebramos su institución, que nos da a Cristo en el tiempo. “La Eucaristía hace posible y real su silenciosa, pero viva presencia,...la multiplica, la hace disponible, accesible, adorable” (Pablo VI. 13-VI- 1963).

La Eucaristía es un misterio de presencia.

El Señor también está presente en los hermanos, a los que debemos amar y servir, no debemos hacer silencio sobre lo esencial, que es el silencio sobre el amor, porque ese silencio nos paraliza para el servicio y nos aleja de Dios que es amor.

El amor que se manifiesta en el servicio, nos saca de toda privacidad, autorreferencia y mediocridad, nos hace creativos en el servicio a los hermanos. Jesús con el significativo y paradigmático gesto de lavar los pies a los apóstoles, nos enseña que el amor es manso y humilde. Allí donde hay amor, hay humildad y mansedumbre, esto siempre favorece el trato con el prójimo y consiguientemente la presencia del amor de Dios en el encuentro fraterno.

Pidamos al buen Dios que los sacerdotes podamos vivir el misterio como “oficium amoris” (San Agustín), y que todos “desde Cristo Resucitado, Señor de la historia, peregrinemos al hombre de hoy.

Amén

G in D.